veintiocho años y nueve meses... ¡Está bastante bien conservada! ¿No es verdad? Pues bien; se muere... Y allá abajo mi tierna esposa expira... ¿Qué hacer?... La situación no puede ser más delicada... ¡Mi madre! ¡Mi esposa!... ¡Piedad, piedad, Señor!

Por un instante quedó como anodadado; pero bien pronto su naturaleza vigorosa recobró su imperio, y tomando á la princesa Troïka en sus brazos, se lanzó hacia la puerta, diciendo:

—¡Mandina de Hachecor, guíame! Ya está resuelto el problema. No abandonaré ni á mi mujer ni á mi madre. ¡Ambas se salvarán ó perecerán juntas!



## CAPITULO XII

## Atroz carnicería.

Según nuestra invariable costumbre vamos á volver otra vez atrás.

El lector no ha podido olvidar las inflamadas epístolas recibidas por Elvira al partir las nueces que eran su único regalo en el tiempo en que se hallaba recluída en su cámara nupcial trocada en tumba.

Tales cartas dejaban adivinar bien claramente el estado del corazón de Boulet Rouge. Amaba con el encarnizamiento de las bestias feroces, hasta el punto de haberse comprometido á ahogar á su esposa, para contraer segundas nupcias con el objeto de su pasión.

Esta circunstancia agravaba visiblemente la posición de Elvira.

¿Qué hubiera sido de ella sin la brusca oposición del generoso Mustafá?

Sin más testimonio que el de sus propios ojos le reconoció desde el primer momento. Anteriormente á su matrimonio había tenido con él algunas condescendencias de poca monta y esto hacía que lo conociera muy bien.

Mustafá solo valía, por lo menos en inteligencia, en instrucción y en valor, tanto como los tres malhechores; pero estaba sin armas y la oreja recién pegada le molestaba visiblemente.

Messa, Salí y Lina, por el contrario, estaban pertrechados de toda suerte de instrumentos de guerra, y el principal de ellos sentía redobladas sus fuerzas por el aguijón del amor.

El combate era inevitable, y se anunciaba como uno de los más interesantes de las edades modernas.

No perdamos, pues, ninguno de sus detalles.

Tan pronto como sus ojos se posaron en el joven cochero de punto, Messa, Salí y Lina, lanzaron una triple exclamación, delatora de su estupor.

Pero Messa, llamado también Boulet-Rouge, tuvo la bastante presencia de espíritu para hacerse este razonamiento:

—Después de todo, su entrada aquí no es más asombrosa que la nuestra.

Mientras esto sucedía, Elvira balbuceaba entre sollozos:

—¡Querido primo, salvad á mi hijo! A nuestros pulmones les son necesarias ciertas cantidades de aire respirable, determinadas por la ciencia. Mi hijo no debe hallarse bien en ese ataúd.

Creemos superfluo hacer un detenido análisis del estado moral de las ribeteadoras de botinas. Aquellas sencillas hijas del pueblo estaban anonadadas por el terror.

Boulet-Rouge tuvo por el pronto la idea de disimular.

Como la acción del agua que desfigura los semblantes había pasado, contó con su parche de grandes dimensiones, que se adhirió imediatamente al rostro.

- Fidelísimo cochero-dijo con una punta de sarcasmo-, ¿en qué cosa podemos serviros?

—Retoños de una civilización malsana—respondió severamente Mustafá—, no pretendáis engañarme con vanos disfraces. Mi deber era castigaros sin forma alguna de proceso, puesto que habéis venido aquí con la perniciosa intención de servir el elixir pernicioso á estas jóvenes obreras; pero la suerte de los combates es incierta, y mi primera obligación consiste en salvar á mi noble prima y á su hijo. Por ello os propongo antes que nada un acomodo. Dejadme á madame Fondant, antes Rudelame, y á su tierno vástago, y os permitiré retiraros con vida.

Una siniestra carcajada acogió aquellas palabras.

Los malhechores vieron en ellas un oculto temor, y esto redobló su descaro. Boulet Rouge no se dignó contestar siquiera, y para significar que quemaba sus naves, se despegó el parche, le plegó cuidadosamente, y se le guardó en el bolsillo para preservarle de cualquier deterioro que pudiera sufrir en la lucha.

Después desarrolló un largo lázo mejicano, tejido con cuero de búfalo antártico, y le lanzó con destreza al cuello de Mustafá.

Este tuvo la fortuna de evitar el golpe dando un salto de costado, que le llevó al lado de Carapace.

Pero Carapace estaba en guardia con su hacha afilada como una navaja de afeitar, y asestó un terrible golpe sobre el generoso Mustafá.

También esta vez le esquivó el agredido, poniéndose al alcance del brazo de Arbol seco, que había escogido por arma una sierra de carpintero.

Con ella trató de separar en dos mitades exactamente iguales el cuerpo de su adversario; pero el hijo del gran jefe de los Ancas se aprovechó de aquel movimiento para asirle de las piernas y hacerle morder el polvo.

Los ratas del impace de Guemensi, en su furia insensata, imitaron el rugido de varios animales.

Mustafá, entre tanto, se había apoderado de la sierra para dividir verticalmente á Arbol seco.

Elvira se postró y bendijo al Señor. Mas, ¡ay! aquel improvisado *Te Deum* era prematuro.

La alabarda de Boulet Rouge y el kandjiar de Carapace, amenazaban ya el valeroso pecho de Mustafá.

Este la serró de un solo golpe, y recogida del suelo la parte á que estaba aferrado el hierro, se hizo de ella un arma mucho más cómoda que la sierra.

Por desgracia no pudo evitar que el kandjiar se introdujera en su vientre.

Aquella herida le contrarió, pero no le obligó á rendirse.

Con una mano contuvo los intestinos que pugnaban por salir por la terrible herida, y con la otra blandió su alabarda, no tardando en hendir la cabeza de sus dos adversarios.

Elvira, siempre postrada, dió gracias al Eterno. Pero también esta vez se precipitó un poco.

Cinco disparos de arma de fuego sonaron en la estancia inmediata, y el desgraciado Mustafá, después de haber girado sobre sus talones, dió un salto de tres ó cuatro pies de altura, y cayó bañado en su propia sangre.

Elvira lanzó un grito de desesperación.

Ya era tiempo. La puerta de la escalera se abrió para dar paso al Afilador, al Gendarme, al Organillero, al sacerdote etiope y al venerable Silvio Pellico, que hemos ofrecido llamar de aquí en adelante el gran jefe de los Ancas. Detrás de ellos venía el nuevo marido de Adelina, la joven griega.

Nada más fácil de explicar que la llegada de todos aquellos buenos corazones.

Como no habían tenido que hacer más que atravesar la calle de Sevigné no puede decirse que habían llegado demasiado de prisa.

Pero ¿y los cinco disparos de arma de fuego dirigidos contra Mustafá?

Esto pide cierta explicación.

Ya hemos hecho constar que la centinela hecha por Montaroux, el asesino del cochero de plaza, había sido superflua por espacio de mucho tiempo, á causa del carro de transporte que le ocultaba la entrada de la casa de la Justicia.

Sin embargo, no había perdido del todo su tiempo.

Desde lo alto del pescante había escuchado á los transeuntes y detenido á todos aquellos que pertenecían á las tenebrosas asociaciones, azote de la capital, y bien sabe Dios que no faltan durante la noche en los barrios populosos.

En el momento de la explosión, Montaroux había reunido en torno de su carruaje de alquiler diez y siete individualidades caracterizadas, entre las que se contaba á Coloquinto del Plato de Estaño, Pie de puerco, el tigre del impace del mercado de Santa Catalina, Larribel y tres de

las once serpientes de cascabel del puente de Nuestra Señora.

Croquental, el último de los Mohicanos, formaba también parte de aquel club.

Ya estaban cansados de esperar y á punto de retirarse, cuando vieron un cuerpo extraño atravesar la calle y atravesar la vidriera del tercer piso de la casa vigilada.

Al pasar, Croquental había reconocido el porte y la fisonomía de Mustafá.

No hay que extrañar que transcurriera algún tiempo entre esto y los cinco disparos de arma de fuego hechos sobre Mustafá. Hay que tener en cuenta que fué preciso buscar escalas de cuerda, enviar emisarios en todas direcciones, unos para encender grandes hogueras en las montañas, otros para tocar á rebato en las parroquias y otros para avisar á domicilio á los miembros de la criminal asociación.

Todos comprendían que se trataba de un cataclismo.

Montaroux mismo se encargó de ir á buscar al duque de Rudelame al café de Rhoan, donde se entretenía en seguir las peripecias de un partido de billar.

Los que subieron por las escalas de cuerda eran diez, y todos ellos llevaban carabinas de nuevo sistema y revolvers de las mejores marcas. Pie de Puerco tenía además un sable de honor.

Como señal para reconocerse habían adoptado una crisantema en el ojal y el pregón de los vendedores de judías verdes.

Por una coincidencia que no dejaba de ser extraña hicieron fuego sobre el generoso Mustafá en el momento mismo en que los buenos corazones desembocaban por la puerta de la escalera.

Los dos bandos se encontraban, de ese modo y de la manera más natural del mundo, frente á frente.

Los buenos cerazones estaban mandados por Silvio Pellico, el decano de todos ellos, y los Azotes de la capital por Coloquinto del Plato de Estaño, que tenía ciertos conocimientos militares por haber sido en tiempos empleado del resguardo.

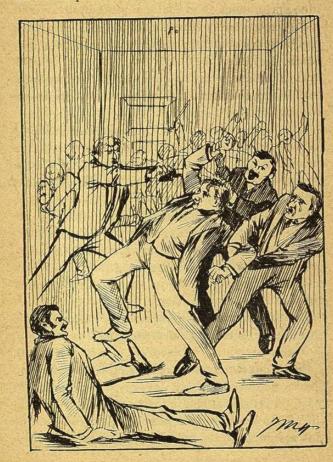
Silvio Pellico, al que ya hemos convenido en seguir llamando gran jefe de los Ancas, dió la señal del encuentro, gritando:

-¡A mí, enfermos del doctor Fondant!

Coloquinto armó su revólver, diciendo á su vez:

—¡A mí, ratas y vampiros de los diversos impaces de París!

-Es preciso salvar á madame Fondant-añadió Silvio Pellico ó, si se quiere, el gran jefe de los Ancas. -Nosotros venimos á vengar á Messa, Salí y Lina-respondió Coloquinto.



A estas frases siguió un choque espantoso, seguido de una confusión de que no es fácil dar ni idea aproximada.

La explosión de la máquina infernal resultaba juego de niños al lado de aquella espantosa matanza.

La batalla, que había comenzado con una veintena de combatientes, se nutría incesantemente con más recién llegados.

Olinda, la joven griega, cuya presencia allí se había, sin duda alguna, echado de menos, había partido, en unión de Mandina, para hacer que los tambores tocaran á generala, convocando á los enfermos del doctor Fondant.

Por su parte, las fieras de los impaces, por medio del repique de las campanas, de las hogueras encendidas en los picos más altos de las montañas, de descargas de artillería y de proclamas incendiarias, reunían en su torno á los sectarios del mal.

De todas partes acudían nuevos refuerzos: de Oriente y Occidente, del Mediodía y del Septentrión.

París, aquella noche fatal, se había dividido en dos vastos ejércitos. En las casas no quedaban más que los paralíticos y los agonizantes.

Cuando llegaban á la calle de Sevigné las dos distintas colas, no se mezclaban. Los enemigos de la moral eterna y de la sociedad subían por la escala de cuerda. Las conciencias honradas preferían los tramos de la escalera.

¡Y aquello no cesaba!

No se pueden calcular en menos de cuatro cientas mil almas los miembros activos de aquei prodigioso conflicto.

Y hasta entonces todo se había realizado en el mayor misterio, sin que la policía abrigara la menor sospecha.

Como se comprende fácilmente, las obreras del taller de ribeteadoras de botinas, habían caido en los primeros momentos, y aplastadas por los pies de los combatientes, yacían bajo una capa de residuos de la batalla, que llegaba ya cerca del techo.

Los recién llegados, para degollarse entre sí, tenían que bajar la escalera y hacer un arco con sus cuerpos.

Y siempre, siempre seguían llegando retuerzos para uno y otro bando; para el lado de los malvados, por la escala; para el partido de los corazones leales, por la escalera.

La sangre corría como el aceite bajo la presa de un lagar.

Uno de los detalles de la lucha singular y hasta inverosímil, si se quiere, era que Messa, Salí y Lina, á pesar de sus espantosas heridas, habían logrado salir de entre los montones de cadáveres, gracias á sus naturalezas excepcionales.

Los tres ratas se ocupaban en verter el elixir funesto y pernicioso en las heridas recién abiertas de sus enemigos.

Boulet-Rouge, además, había hecho un paquete con la desgraciada Elvira y el féretro que contenía á su hijo, y lo había suspendido de la parte de afuera de la ventana. Con ello tenía seguro el logro de sus deseos y de su venganza.

Ya no quedaba más que un espacio de diez y ocho pulgadas entre el montón de cadáveres y el techo, cuando el duque de Rudelame-Cartagena, que había acabado de presenciar la partida de carambolas, hizo su entrada en el campo de batalla, rodeado de su guardia de honor.

Aquel debía ser el golpe decisivo, puesto que los buenos corazones comenzaban ya á desfallecer.

Todos nuestros amigos mordían el polvo, excepto Silvio Pellico, á quien hemos convenido en llamar el gran jefe de los Ancas, y cuya cabeza, siempre respetable, se erguía aún sobre aquella carnicería humana.

Pero en aquel instante supremo el estallido de un trueno sonó en la escalera, y una deslumbradora claridad iluminó el horror del desastre.

Aquel resplandor partía de las pupilas del

doctor Fondant, que llegaba sin armas, y llevando bajo el brazo á su madre querida, á la princesa Troïka, la de las ruinas de Palmira.

Desde aquel punto todo cambió de aspecto.

Nadie ignoraba el poder de aquel hombre extraordinario, del que no hemos querido abusar, porque le guardábamos preciosamente para los efectos de nuestro postrer capítulo.